

# Paso a paso hacia una familia personalista y comunitaria

*Una casa abierta, que también se ocupa de los hijos de los demás, del mundo, ...*

*Una casa sin muros, en la que hay flujo entre el dentro y el afuera.*

*Una casa abierta para el que quiera charlar, compartir problemas y alegrías, rezar, trabajar, ... abierta a todo el que pasa y a todo el que necesite un hogar.*

.....  
**Luis Narvarte**

Presidente del Instituto E. Mounier.  
 .....

## De la familia individualista a la familia comunitaria

Una civilización sensible a los valores de la persona, explica Mounier,<sup>1</sup> ve en la familia el medio humano óptimo para la formación de la persona. Entre esta comunidad viva y la familia tal como la conocemos históricamente hoy existe una fuerte separación. Y algunos por defender la familia no han hecho más que agrandar esta distancia. La familia ha conocido diversas estructuras y cada época confunde sus formas externas con sus valores fundamentales. Entonces para salvarla se arrojan sobre ideologías defensivas reaccionarias, comprometiendo con ello lo que desean conservar. Sin embargo, ¿en qué



reconocer lo eterno si no en que pervive bajo las diferencias de apariencia que le impone el paso del tiempo?

Además los defensores de la familia afirman que ésta es, automáticamente y por sí misma, un medio favorable al crecimiento personal de sus miembros. Hay que decir que la familia puede destruir espiritualmente (con su estrechez, avaricia, individualismo, etc.) más personas que la descomposición de los hogares.<sup>2</sup> Es necesaria una vigilancia heroica para no hacer de los hábitos de la familia un peso que ahogará las distintas vocaciones de sus miembros. Atención: la familia burguesa, sociedad cerrada, se construye a imagen del individuo despersonalizado, es decir, vocación y servicio son ahogados por el espíritu burgués, la mística es expulsada por la comodidad y el confort, la donación y la entrega a los de «fuera» son jibarizadas por la búsqueda de dinero y de seguridad para los de «dentro», etc.

Por lo tanto, una acción en defensa de la familia que sea puramente moral o que excluya las responsabilidades aplastantes derivadas de una economía inhumana y de una moral farisaica proveniente de las clases ricas no es más que una acción de burgués satisfecho, y le negamos toda autoridad.

Ninguna de nuestras críticas a la familia quiere disolverla sino llenarla del sentido perdido, a saber: que su alma son las personas y el desarrollo de su vocación. La familia es un instrumento a su servicio, que deja de funcionar si las detiene, las desvía, o las hace marchar más despacio en el camino que ellas tienen que descubrir. Hay que apostar por esta comunidad de personas. Y constituye una apuesta porque no es ni automática ni infalible, pero es un riesgo que hay que correr, a condición de tender hacia ella con todo el esfuerzo, poniendo toda la carne en el asador para que la familia pueda ser calificada como personalista y comunitaria.

### Una propuesta sencilla para crecer como familia comunitaria

El Instituto Emmanuel Mounier haría un flaco favor a la sociedad si, apuntando al horizonte que se desea alcanzar, no mostrara el sendero por el que caminar hacia su consecución. No queremos ser Ícaros que no sepan tender puentes entre la realidad problemática y mediocre y el noble y anhelado ideal. Tampoco nos conformamos con el ambiente de derrota imperante, por el que cualquier intento de transformar la realidad es tildado despectivamente como de «utópico». Sabemos dónde queremos ir y, como decía Santa Teresa, nuestra sed es quien nos alumbró el camino. Por eso, querido lector, nos atrevemos a proponerte unas pistas por sí, como nosotros, quieres iniciar este éxodo.

*Para llegar la meta, hace falta compartir el mismo mapa*

El mayor impedimento para una familia personalista comunitaria es que aquellos que la inician, el hombre y la mujer en pareja, no compartan el mismo fundamento ni coincidan en el proyecto vocacional de vida. Son muchos los casos en que él y ella no coinciden ni en lo que fundamenta sus vidas, ni en el horizonte hacia el que miran, por lo que, en último término, resulta imposible construir un proyecto común, reduciéndose la aspiración a un simple intentar convivir juntos y «gestionar» la diferencia.

No es cierto que el amor sea ciego y que nada se pueda hacer ante la aparición de la persona de la que uno queda enamorado. Al menos si entendemos por amor lo que verdaderamente es (y no su reducción burguesa), porque de ser así, tiene inevitablemente un carácter difusivo que no puede encerrarse en las cortas paredes de una pareja y necesita traducirse en un proyecto de vida entregada a cada persona y a la humanidad entera. Por ser este amor tan constitutivo de la persona se convierte en su fundamento y en su seguridad vital, en la experiencia nuclear que configura la vida y la existencia, hasta poder decir «soy amado luego existo».<sup>3</sup> Quien ha sido constituido por un amor incondicional tiene la certeza vital que sólo amando crece como persona y, por tanto, vive la exigencia profunda, la vocación, de responder amando, adquiriendo así la vida un sentido pleno: el proyecto de mi vida es hacer realidad y difundir de una manera efectiva ese amor. Por eso, vivir en comunidad y optar por los más pobres son dos referencias insoslayables para cualquier persona bien nacida y bien amada.

Por lo dicho, una pareja que no comparta el fundamento que acabamos de apuntar, y que no comparta la visión de la vida como un proyecto vocacional como el que acabamos de explicar, es muy difícil que construya una familia personalista y comunitaria. Es más, es muy difícil que crezcan como personas y como parejas, lo cual no está reñido con que sean muy «felices», pues se puede estar muy a gusto entendiendo el amor tal como lo reduce el espíritu burgués imperante: de una manera individualista y egoísta.

En resumen, mira con quién te casas si realmente tienes las exigencias profundas que acabamos de describir, exigencias que, por otro lado, son las exigencias de la persona en cuanto tal, y que no podrás desarrollar en un proyecto vital si no son compartidas por la pareja. Una familia personalista y comunitaria necesita que sus dos pilares fundamentales estén arraigados en el mismo terreno y se levanten hacia el mismo horizonte.

## CRISIS DE LA FAMILIA

*Para caminar hay que saber dar pasos*

No basta compartir el fundamento y el horizonte, hay que saber concretarlos en el aquí y el ahora en el que vivimos. Si el ambiente fuera propicio a este tipo de familia no habría que ser tan vigilantes, pero no es así y, por lo tanto, o estamos fuertemente agarrados al timón y manteniendo constantemente el rumbo, o las tendencias y las ataduras nos llevarán al puerto de la familia burguesa. Esto exige a la familia que quiere ser personalista y comunitaria definir en cada etapa de la vida cómo se concreta ese proyecto vocacional en cada aspecto de su vida, pues nada es ajeno a este anhelo fundamental. Proyecto que, por ejemplo, debe incluir estos aspectos:

- Una casa abierta, que no sólo se preocupa de lo que pasa dentro, sino que también se ocupa de los hijos de los demás, del mundo, ... Una casa sin muros, en la que hay flujo entre el dentro y el afuera. Una casa abierta para el que quiera charlar, compartir problemas y alegrías, rezar, trabajar, ... abierta a todo el que pasa y a todo el que necesite un hogar. ¿Por qué no estar abiertos a que alguien viva en nuestra familia si lo necesita? ¿Por qué hay necesidad, entonces, de que existan los asilos para ancianos?
- Una casa abierta a la trascendencia, donde se contemple y donde se rece, porque no se puede mantener la tensión del día a día sin refrescar en nosotros el fundamento y el horizonte que nos hicieron emprender esta aventura. ¿Por qué no reservar un sitio de nuestra casa a modo de oratorio y habituarse desde el principio del caminar en pareja a tener un rato de contemplación/oración al final del día? ¿Por qué no estar abierto a compartir este rato con cualquiera que se quiera acercar?
- Una casa donde se cuidan los unos a los otros, donde se busca el crecimiento en la vocación de cada uno y, por lo tanto, donde existe comunicación y donde se festejan y se celebran los acontecimientos de la vida. ¿Por qué no quitarle a la TV el puesto central que suele ocupar, y sustituirla por momentos de comunicación profunda y de calidad? ¿Por qué no reservar tiempos específicos para comunicar entre los distintos miembros de la familia y, por qué no, para perdonarse unos a otros si es menester? ¿Por qué no compartir los trabajos domésticos como una de las expresiones del cuidado a los otros a través del cuidado del hogar?
- Una casa en la que se apuesta por la vida en una doble dimensión. Una, estando abiertos a los hijos, a educarlos, a acompañarlos, a enseñarles a descubrir su vocación y a responderla. La otra, trabajando por poner vida y paz donde haya muerte y violencia, es decir, una familia que entiende como propios los problemas del prójimo y de la humanidad, y que experimenta

que crece como familia cuando acoge a los pobres que llaman a su puerta y cuando sale a anunciar un mundo distinto. ¿Por qué no una familia donde rebose la vida de los hijos? ¿Por qué no acoger a tantos hijos institucionalizados y sin padres? ¿Por qué no concretar en la familia un estilo de vida militante que se filtre por los poros de los más pequeños? ¿Por qué no ser familia militante, cada miembro según sus posibilidades? ¿Por qué no optar por trabajos profesionales que permitan dedicar tiempo holgado a la familia y a la militancia, aunque ello implique ganar menos dinero?

- Una casa donde se cultivan entrañas de misericordia y donde se vive una austeridad compartida, donde se tienen los bienes que son necesarios sin estar atados a ellos, donde los bienes están disponibles para quien los necesita, donde el ser es más importante que el tener, y donde los más pobres son los más beneficiados de nuestro compartir tiempo y bienes. ¿Por qué no concretar esto compartiendo un alto porcentaje de nuestro sueldo que nos «obligue» a vivir en clave de austeridad compartida, con la conciencia de que no nos pertenece y que hay que distribuirlo, empezando por los que más lo necesiten? ¿Por qué no irnos a vivir en familia a un barrio sencillo y humilde, viviendo y compartiendo los problemas cotidianos de los perjudicados de esta sociedad, y estando disponibles a las necesidades que haya?
- Una familia que convive con otras familias que tienen el mismo fundamento y miran hacia el mismo horizonte, porque en soledad no se puede mantener el rumbo y, sin embargo, en comunidad parece que ya amanece el nuevo día ¿O es que no soñamos con una sociedad que sea comunidad de comunidades, libres y fraternas, federadas según la ley de los vasos comunicantes, donde lo que sobra en un sitio se trasvasa allí donde falta? ¿No era éste el ideal autogestionario del primer movimiento obrero, o de las primeras comunidades cristianas? ¿Por qué no, entonces, ofrecer este estilo de familia en comunidad como una alternativa al sistema actual, como un modelo de nueva sociedad? ¿Por qué no vivir cerca unas familias de otras, por ejemplo, en el mismo bloque, para que dinámicas comunitarias como revisar la vida, compartir bienes, formación, oración comunitaria, actividad sociopolítica etc. sean mucho más fáciles?

Seguro que tú, querido lector, podrías añadir a esta lista otros muchos puntos que conectaran ideal y realidad, mediocridad y perfección. Pero lo importante no es la redacción de listas, sino su puesta en práctica. Esto que aquí hemos escrito es posible realizarlo hoy: de lo que hemos visto y oído es de lo que testimoniamos. Así que

no hay excusa, y si la hay, por favor, ten en cuenta esto que te vamos a decir.

**Si quieres una familia personalista y comunitaria pero no estás en camino, que no sea porque te autoengañes**

Queremos y sabemos qué pasos dar, pero no lo hacemos.<sup>4</sup> Puede ser que no podamos, pero lo más probable es que nos estemos autoengañando. Como quien se encuentra con algo grande no puede sino hablar de ello, así voy a hacer yo ahora, y reproduciré aquí lo que Jesús Sastre un día nos dijo a mi mujer y a mí, entre otros, cuando precisamente nos estábamos planteando lo aquí dicho sobre el proyecto vocacional de vida. Él nos puso sobre aviso acerca de los siguientes autoengaños, pequeñas racionalizaciones o justificaciones afectivas que uno se hace para no dar pasos y que suelen aparecer cuando, frente al estilo de vida burgués, uno se plantea dar el salto a la acción en opciones vitales y en caminos como los aquí descritos:

- El autoengaño de la «cantidad por la calidad»: uno se queda en pequeñas cosas y huye de los conflictos, mejorando lo que ya hace e incluso haciendo más, pero para no abordar precisamente aquello que realmente debería hacer.
- El autoengaño del «probar antes de decidir»: uno piensa que hay que probarlo todo antes de decidir y que se debe tener una certeza intelectual plena para tomar decisiones. Sin embargo, el estilo de vida en el que se enmarca la familia personalista y comunitaria no engancha por la cabeza, sino por el corazón, como un enamoramiento, y por eso es clave encontrarse afectivamente con modelos referenciales que hayan adoptado este estilo de vida. En todo lo importante en la vida no hay certezas matemáticas: sólo se tiene claro lo que ya se ha decidido y se está viviendo. Pasan mucho más fácil las cosas del corazón a la cabeza que al revés.
- El autoengaño del «futuro»: que consiste en dejar para más adelante lo que uno ya ha decidido que no quiere hacer.
- El autoengaño del «supermercado»: que consiste en elegir qué aspectos de la vida familiar entran en el proyecto vocacional y cuáles no. Y así las facetas más importantes se dejan fuera, resultando una familia burguesa pero con una estética «progre». El proyecto vocacional de vida y, por tanto, el proyecto de familia

personalista comunitaria pasa por el corazón, la cartera, el tiempo, la afectividad, ..., es decir, coge toda la vida.

- El autoengaño de «la humildad»: por el que se resaltan los defectos y limitaciones propias para justificar la inmovilidad. El creyente sabe que Dios da antes lo que pide después y que le basta su gracia.
- El autoengaño de «las dificultades externas»: siempre hay alguna barrera externa que impide hacer lo que, de ser de otra manera, uno estaría «hiperdispuesto» a realizar. Pero como realmente lo que falta es esa disponibilidad, siempre se encuentra alguna buena dificultad externa con la que justificarse.
- El autoengaño del «cocktail»: querer compatibilizar la vocación personal profunda con cualquier estilo de vida. Hay que poner los medios para que la exigencia radical profunda que tiene toda persona, la vocación, se haga realidad. Las opciones necesitan medios para cultivarlas. No puede haber un proyecto vocacional de vida ni una familia personalista comunitaria que no admita y articule prácticamente el fundamento del amor incondicional, la entrega radical a los demás, la dimensión comunitaria y la opción preferencial por los pobres.

Estos autoengaños son personales, pero se dan pactos en las parejas para vivir como si no existieran. Es posible vivir una familia de personas, es decir, una familia personalista y comunitaria, pero hay que hacer verdad y hay que optar. Es ese riesgo el que asusta, frente a la seguridad y la comodidad, pero la recompensa es una vida con sentido, verdaderamente personal. La elección y, por tanto, la responsabilidad son tuyas.

**Notas**

1. X.M. Domínguez, A. Calvo, L. Narvarte, *La revolución personalista y comunitaria en Mounier*, Ed. Mounier, Madrid, 2001.

2. Para ilustrar esto hay que decir que una de las mayores dificultades en los procesos de pastoral es que, cuando llegan los momentos de concreción y de opciones (vocación, opciones vitales y de estado de vida, etc.), entonces aparece con gran fuerza el espíritu burgués en que han sido educados los catecúmenos. Lo que parecía, hasta ese momento, relativizado, se revela como imprescindible. En esto tienen tanta responsabilidad las familias como los centros educativos, muchas veces religiosos aunque, igual que los públicos, no escapan a impartir una educación burguesa.

3. C. Díaz, *Soy amado luego existo*, Ed. Desclée de Brouwer, Madrid, 2000.

4. C. Díaz, *Diez palabras clave para educar en valores*, Ed. Mounier, Madrid, 1998.